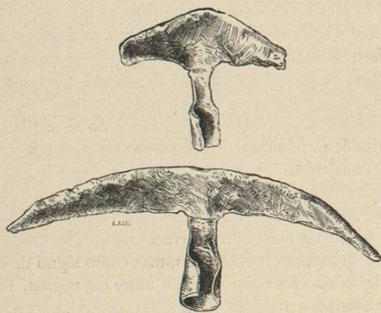


La mayoría de los negros se dedica á la agricultura, pudiendo decirse que de todos los grandes grupos de pueblos naturales, son aquéllos los mejores y más activos agricultores. Un pequeño número de ellos desprecia la agricultura para dedicarse á la ganadería, y muchos son agricultores y pastores á la vez. El estado de la agricultura de los negros, prescindiendo de la sencillez de sus instrumentos, no deja de ser respetable, estando á mayor altura que en cualquier otro punto de la América pre-europea. El hecho de que no sean solas las mujeres las que se dedican á ella demuestra la importancia de la agricultura en la vida de estos pueblos, de los cuales los genuinamente agrícolas, como los manganjas, hacen una vida puramente de familia. Entre ellos vemos también que se da á los meses nombres adecuados á los trabajos agrícolas propios de cada uno de ellos. En esas comarcas son constantes las roturaciones que convierten las selvas en campos, cuya tierra es abonada con las cenizas de los arbustos que se quemán. En el centro de los campos levántanse aquellas ligeras garitas desde las cuales un centinela espanta á los pájaros que van á comerse los granos y



Moneda de hierro, en el alto Nilo (Museo Municipal de Francfort sur Meine)

á otros rateros. En la época de la cosecha, aldeas enteras establecen sus residencias en los campos. La rapidez con que se extienden por el África central los más variados cultivos nuevamente introducidos, demuestra asimismo como se cuida esta rama de la economía. Por último vemos muy extendidas y atendidas con grandes cuidados algunas industrias que podemos llamar agrícolas, como la fabricación de harina de mijo, cazabe y otros frutos, la preparación de bebidas con cereales y la manipulación de algodones.

Para roturar un sitio destinado á campo se apela al fuego, ó á la azada ó á una pequeña hacha, y en las costas orientales se usa también con este objeto una especie de machete, en forma de hoja de lanza, con un pequeño mango. Las hojas de las lanzas y las de las espadas se emplean principalmente para usos pacíficos. Cuando se trata de matar árboles corpulentos se les descortezan. En los confines del campo, se colocan malezas que poco á poco se van poblando de nidos: luego se remueve la tierra con una azada de madera, ancha y fuerte en extremo, y se quitan las malas hierbas. Muchos de estos pueblos no usan los aperos de hierro porque creen que espantan las lluvias: los wakambas empero, contrariando este uso, han introducido la azada (*yembe*) de los pueblos de la costa. Preparada así la tierra, cuando empiezan las lluvias, el sembrador recorre el campo con los pies desnudos, y á cada paso practica un agujero en el cual arroja con la mano algunos granos y luego vuelve á taparlo con los pies; y si el buen hechicero hace llover lo suficiente

y el malo no puede contenerle, ya no hay que hacer otra cosa, hasta la época de la cosecha, que extirpar las malas hierbas que nazcan, para cuya operación tienen algunos pueblos unos instrumentos en forma de media luna.

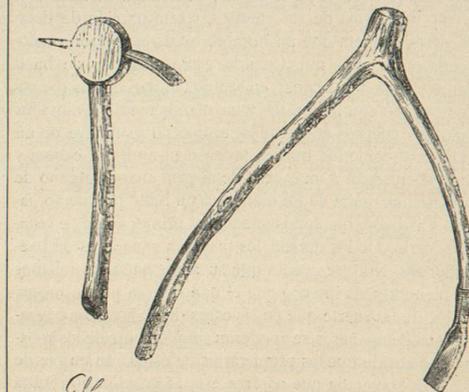
Raras veces se siembra en un campo un fruto solo: las más de las veces se «siembran dos alternados»: así es que en los campos de cayano y de mijo del Este, que necesitan dos lluvias para prosperar, se plantan batatas y cazabe (por medio de una rama de las mismas), ó se siembran habas que encuentran allí la sombra y el amparo contra el viento que necesitan. En esos campos son de ver algunas calabazas diseminadas. Junto á las chozas, se planta el tabaco que prospera allí perfectamente gracias á los abonos naturales que alrededor de ellas abundan: dos especies de tabacos se cultivan en aquellos territorios, una genuinamente africana y la colorada ó virginia, que necesitan también dos períodos de lluvias. Los árboles de ricino ó higueras infernales, que producen gruesas semillas, álzanse á grandes distancias unos de otros entre diversas plantas campestres. Durante todo el año se siembra y se cosecha. El mijo que se siembra durante las lluvias del otoño crece hasta tener un metro de altura y luego permanece estacionado en la época de sequedad; con las lluvias de la primavera madura rápidamente, adquiriendo su completa sazón en el mes de mayo. Durante las gruesas lluvias, se siembra maíz, legumbres, calabazas y otros vegetales que maduran rápidamente, y una vez terminada la cosecha de éstos, se plantan penicillarias que se cosechan en enero y febrero. Las espigas de los cereales son cortadas con un cuchillo una por una antes de que se desprendan de ellas los granos, y una vez cortadas, se las deja secar en las chozas hasta que, llegada la ocasión oportuna, son batidas sobre el duro suelo ó sobre peñascos lisos, que hacen las veces de eras, con ramas delgadas, á las cuales se les despoja de los retoños laterales. La clase de cereales más cultivada por los pueblos africanos, en todas las zonas y alturas, es el mijo denominado *Pennisetaria spicata*. La uca, tan generalizada en algunas comarcas, es poco propia de los terrenos altos, en los cuales, en vez de las batatas y del cazabe que requieren terrenos bajos, encontramos el maíz y algunas legumbres: muchas clases de estas últimas son altamente estimadas. Los plátanos que en algunos territorios, como en Uganda, constituyen casi el principal alimento, son poco menos que despreciados en otros. Los nabos se cultivan en grandes cantidades, especialmente en el África occidental. A pesar de esto, no hay que figurarse como paradisiaco el trabajo agrícola de los negros: sobre todo, el cultivo de las distintas especies y familias del mijo es muy difícil y exige muchos más cuidados que el del maíz y otras plantas radicícolas. Arbousset, que nos describe la manera cómo los cafres cultivan el mijo, dice que estos indígenas se ocupan en él durante tres cuartas partes del año, «y no porque no les salga productivo el trabajo, sino que entre la siembra y la cosecha es preciso cavar la tierra dos veces, escardar las plantas, deshojarlas, quitarles las ramas inútiles, y defenderlas en los primeros tiempos contra la langosta y en la época de sazón contra el ganado y los pájaros.» Los granos son nutritivos y sabrosos, pero la harina es difícil de aglutinar por el poco gluten que contiene: por esto los betschuanes comen siempre el mijo mezclado con leche ó con ruedas de calabaza.

Las dificultades que la agricultura ofrece aumentan para el negro á consecuencia de la imperfección de los aperos de labranza, de la falta de abono animal — que ha de ser reemplazado por la ceniza — y de ciertos obstáculos que se oponen á la conservación. Por lo que hace á los aperos, todo ha de hacerse con azadas de madera ó de hierro. El

arado es, hasta hoy, para los negros un objeto esencialmente extraño: Barth dice que de él carecen los pueblos del Sud de Agades; también se nota su falta entre los gallas que viven al Sud de Abisinia, pudiendo, por ende, decirse que este instrumento no aparece originariamente en los territorios negros propiamente dichos. Sin embargo, sería inexacto deducir de esto la inferioridad del negro en punto á agricultura, pues hay muchos negros que cultivan mejor su tierra sin arado que los abisinios con él. Por regla general, la agricultura en grande escala, es decir con el arado, tropieza con obstáculos, que ninguna necesidad obliga á vencer en los países tropicales cuya vegetación es exuberante: las familias encuentran su sustento aun escarbando la tierra simplemente con el azadón. La agricultura de los negros no debe ser medida por el mismo rasero que la de los europeos, pues la riqueza de las plantas productivas de que dispone y la posibilidad de recoger repetidas cosechas, hacen que pueda tener más el carácter de horticultura, y que diste mucho de la agricultura — de resultados relativamente mezquinos — que se practica entre nosotros en vastas llanuras y que sólo produce á costa de grandes cuidados.

En todos los países tropicales de África, la conservación ó guarda de las cosechas constituye una de las más graves dificultades de la agricultura. Las devastaciones causadas por los gorgojos hacen difícil guardar el mijo hasta la próxima cosecha, sobre todo gracias á las malas condiciones de los depósitos. Por mucho que se cultive y por abundante que sea la cosecha, todo ha de consumirse dentro del año, y á esto se debe probablemente que los batokas, los basutos septentrionales y otros pueblos fabriquen tanta cerveza. Es indudable que esto constituye, por más que de ello tenga una parte de culpa el clima, una de las imperfecciones que necesariamente han de pesar sobre la agricultura de un pueblo en cuyas costumbres se hayan desarrollado pobremente la previsión y la perseverancia y en el que no puedan, por ende, estar enlazadas con fuerte hilo de cohesión necesaria las actividades de cada individuo y de cada día. La necesidad de consumir, en lo que va de cosecha á cosecha, todas las provisiones que no tienen fácil salida, influye seguramente de un modo funesto en toda la vida económica de estos pueblos. Por esto hay que reconocer tanto más el cuidado con que procuran evitar la destrucción de esos víveres, cuidado que, á pesar de todo, por fuerza tiene que ser de eficacia muy limitada.

Los graneros pertenecen al número de las principales construcciones del África de los negros: en cuanto lo permiten las lluvias tropicales y la gran abundancia de hormigas blancas, se encuentran en aquel país chozas-almacenes y otros edificios construídos sobre estacas que sirven para almacenar los granos. En las pequeñas chozas-almacenes, puede levantarse todo el techo como si fuese una tapadera, para penetrar en el interior de las mismas. Los betschuanes tienen sus depósitos de granos en la tierra en medio del campo, de suerte que en principio se parecen á los de los nubios: los bamangwatos guardan los cereales en sus chozas ocupando así una gran parte de las mismas: los mosgos, cuyos graneros tienen forma de torres, los levantan en sus corrales: los bongos suelen coronar sus graneros, llamados *gollotobs*, con una especie de almohada elegantemente tejida con paja y denominada *bonjo* que sirve de asiento para desde la punta del techo poder tender la vista por la llanura cubierta de altos trigos y hierba. Alrededor de este asiento levántanse siempre 6 ó 8 palos cortados en forma de cuernos, que son las más de las veces los mismos mástiles que constituyen el armazón del techo: este es uno de los rasgos característicos de las chozas de los bongos. El



Azada y hacha de los ovahereros (Museo para Etnografía, Berlín)

les se guarda el maíz al aire libre y fuera del alcance de los roedores, y entre los manyemas, por ejemplo, tablados para secar el maíz que asimismo sirven de graneros.

La ganadería alcanza entre los negros su apogeo en la parte oriental del continente, en donde tribus exclusivamente ganaderas habitan desde el Nilo central (á los 12° de latitud Norte) hasta el extremo meridional. El animal que más abunda entre esos pueblos es el buey, siguiendo después como animales domésticos las cabras, los cerdos, los perros y aves raquíticas. Las reses bovinas son útiles como animales de carga y lo son también por la leche y la carne que de ellos se saca. También se usa como alimento, al parecer sin malas consecuencias, la sangre que se saca de los bueyes haciéndoles grandes sangrías en el cuello. Pasando por alto aquellas tribus que, si bien se dedican á la ganadería, se aplican con preferencia á la agricultura, sólo nos ocuparemos en las que casi exclusivamente de la ganadería viven. Esas tribus que se extienden transversalmente en África por el Sudán y luego, casi contiguas unas de otras, por las mesetas del Este desde los dinkas del alto Nilo hasta los cafres del extremo meridional del África, constituyen uno de los fenómenos más notables y más importantes de la vida de los pueblos africanos. Pocos pueblos naturales hay que se dediquen con tanta actividad, con tanta pasión, á la ganadería. Algunos de ellos miran con desprecio la agricultura, pero aun aquellos que á ella se dedican incidentalmente, la consideran más bien como una necesidad molesta, siendo los rebaños el centro de gravedad alrededor del cual se mueve toda su existencia material y moral. En algunos pue-

blos pastores, el rebaño, su procedencia, sus costumbres, sus méritos y sus faltas, constituyen el 99 por ciento de las conversaciones. Buttner dice, hablando de los hereros, que al paso que no han considerado necesario establecer en su idioma palabras especiales para expresar el azul del cielo y el verdor de la hierba, pueden designar de la manera más minuciosa cualquier tinte, cualquier matiz de sus queridos bueyes, ovejas y cabras. Schweinfurth habla también de igual riqueza de palabras para expresar los colores de sus bueyes entre los dinkas que hablan un idioma distinto del de aquéllos. Cuando se introducen en ellos reses extranjeras, los muchachos rivalizan por designar el color de cada una, discutiéndose de ello con verdadera erudición. De igual manera observan el tamaño de los animales, sus cuernos, si éstos están más ó menos encorvados, y cuando se extravía alguna pieza, el pastor que la busca describe á todos los que va encontrando el color de la misma, su manera de andar, el tamaño y la forma de sus cuernos, y otra porción de detalles, de tal manera que un hombre inteligente podría reconocerla entre otras mil. Cuando están alegres y de buen talante y se ponen á bailar, en seguida imitan en sus danzas á los bueyes: con los brazos y las manos medio levantados imitan los cuernos encorvados, el cuerpo se mueve de un lado á otro como los bueyes mueven al andar la cabeza y todos se entregan á un exceso de alegría cuando alguno de los danzantes imita de tal manera á un buey predilecto, famoso y alabado, que todos pueden, al primer golpe de vista, reconocerlo. De los dinkas, los mayores ganaderos de bueyes del alto Nilo, se cuenta que su amor hacia los rebaños es á menudo más intenso que el que sienten por su propia familia, de tal suerte que en las cazas de esclavos los baggaras y sus compañeros se apoderan simplemente de los rebaños, seguros de que los propietarios de éstos irán en pos de ellos. Por exagerada que parezca esta afirmación no resulta tan inverosímil si se tiene en cuenta la pasión que siente el negro por esta clase de propiedad, que supera á la que pueda sentir por cualquier otra. En las guerras que contra los cafres y los betschuanes sostuvieron los ingleses y los boers, desempeñó también un papel importante el robo de rebaños como medio infalible de sumisión. Este cariño explica la poca afición que muestran los pueblos pastores á ver disminuir sus rebaños y dada su pasión por la carne y por la grasa es tanto más de admirar su templanza respecto de aquéllos.

La oveja puede ser considerada casi como el único animal destinado á ser muerto y aun así se le sacrifica con gran parsimonia. Cuando los indígenas describen alguna ceremonia de sacrificios, casi siempre refieren que se mata una oveja. Con los huesecitos y con las glándulas de la red intestinal del cordero sacrificado, profetizan los hechiceros de los hereros ni más ni menos que los árticipes romanos. Cuando en los tiempos de sequía se implora el beneficio de la lluvia, se quema como sacrificio una oveja gorda; y mientras el humo negro se remonta hacia el cielo, dicen los hereros que al llegar á éste forma espesas nubes que luego derraman la lluvia. En las grandes fiestas y en las ceremonias de la circuncisión y de los funerales, se sacrifican bueyes; mas para matar alguno de estos es preciso que se presente una ocasión extraordinaria. Una de las mayores alegrías que tiene el negro es ver que los animales que le que dan vivos revientan de gordos. Hasta los pastores que sirven por un salario á algún europeo, no matan nunca, á menos de una orden expresa, las mejores piezas del rebaño para la mesa de su amo, sino que esperan á que estén á punto de morir ó á que hayan muerto ya. De aquí que en los rebaños de los negros se vean siempre animales muy viejos que, privados de dientes, no pueden comer el forraje seco y han

de morir por consunción en la época de sequía. Deshacerse de su rebaño es cosa que no acierta siquiera á imaginar el ganadero negro. Schweinfurth opina que el amor casi religioso que sienten los dinkas por sus rebaños podría recordar la veneración de que los todas hacen objeto á los bueyes, si no se viera á aquéllos devorar ávidamente en los banquetes que otros les ofrecen, sin escrúpulo alguno, el buey que tanto respetan en su propio rebaño.

Este apego á los rebaños lo advirtieron los europeos desde el primer momento en que se pusieron en contacto con los negros del Sud. En el año 1801, sintióse en la colonia del Cabo, á consecuencia de la guerra cafre y de las grandes necesidades de la escuadra y del ejército ingleses, una gran carestía de bueyes, para remediar la cual se envió á los betschuanes una expedición mandada por Truter y Somerville, expedición — la primera que adquirió noticias exactas de este pueblo — que no pudo lograr la menor parte del objeto para que había sido organizada. Cuando los basutos fueron por vez primera, en 1830 y 1840, al país del Cabo en calidad de jornaleros y se llevaron de allí bueyes que con su trabajo habían ganado, parecióle á su caudillo, según refiere Casalis, cosa tan imposible que el dueño de un rebaño diera voluntariamente algunas reses, que llegó á sospechar si aquéllos habían cometido un robo ó si se le quería tender un lazo. Esta sospecha no le abandonó en mucho tiempo y tuvo por mal adquirida esa propiedad lograda de un modo que no acertaba á explicarse. ¿Sería que esta manera de pensar fuera acompañada del temor de que la gran influencia hasta entonces ejercida por el caudillo como principal propietario de todos los rebaños, pudiera verse quebrantada por la adquisición de esta nueva propiedad, independiente de él, por parte de sus súbditos? En efecto, el desarrollo de la propiedad privada entre los basutos trajo consigo esta consecuencia, pues la propiedad de rebaños que tienen los caudillos es, entre los betschuanos y los zulús, la fuente principal de su poder é influencia, y no se piensa más que en engrandecerla, aun cuando para ello haya de apelarse al robo.

Al lado de esta causa, que podríamos llamar espiritual, del respeto que merece la posesión por los rebaños, encontramos otra puramente física, cual es la del placer de beber leche, que crea un sólido lazo entre la vida de los pastores y sus ganados. La leche es el principal alimento de todos los pueblos negros que se dedican en grado suficiente á la ganadería, y algunas tribus por lo menos afines á los negros, como la de los masais, desprecian todo manjar vegetal para alimentarse con leche, grasa y carne. Por esto, considérase como sagrado todo cuanto se relaciona con la leche y el ordeñamiento de la misma. La leche casi únicamente se bebe coagulada y sólo los niños maman directamente de los pechos de las cabras ó vacas que les han sido destinadas. Los cacharros en donde se coloca leche no han de ser lavados, pero este líquido no puede estar en contacto con ningún metal si no se quiere que resulte perjudicada la vaca, y á esto es debida la repugnancia y á menudo negativa de los hereros á llenar de leche las vasijas de hoja de lata de los europeos, pues temen que con ello se eche á perder su vaca. Esto hace que en el interior de las vasijas de madera se forme una capa endurecida y que la leche fresca en ellas guardada se vuelva rápidamente agria, especialmente en la época del calor. De algún tiempo á esta parte, la leche se echa en una calabaza ó en un sacó de cuero, pero como éstos rara vez ó nunca se lavan, queda siempre en ellos un resto de líquido que hace que se agrie pronto la nueva leche en ellos puesta. Estas calabazas son agitadas generalmente por mujeres, hasta que se han mez-

clado la sustancia caseosa y el suero: la leche se come luego en tazas de madera y con grandes cucharas de madera también. Los pueblos que además de la ganadería cultivan la agricultura, como los betschuanos, mezclan por regla general la leche con tortas de mijo.

Al agitar la calabaza, se forma naturalmente manteca que por regla general no se saca de la vasija, sino que va aumentando la cantidad de la misma á medida que se va echando más leche y que se va agitando ésta, hasta que llega á ser tal la masa reunida que la vasija no puede ya contener más líquido. Entonces la calabaza es puesta al sol y la manteca así derretida pasa á otro receptáculo especial, que es el cuerno de la grasa, no para ser comida sino utilizada para untar el cuerpo. Así como la preparación de la manteca está bastante generalizada entre los negros, los pueblos del Sudán y los gallas, la del queso sólo es practicada por los árabes, los bereberes y los abisinios, desconociéndola pueblos del Este y del Oeste del Africa tan expertos en la ganadería como los fulbas, los gallas, los dinkas, los betschuanes y los ovahereros.

La ordeñación se considera asunto de gran importancia y en la mayoría de los pueblos negros únicamente los hombres desempeñan esa faena y es fuerza confesar que dada la vida salvaje que deja la vaca correr libre todo el día, no es esta tarea fácil. Para ello se atan las patas traseras de la vaca con una correa, á fin de que no se mueva mientras la ordeñan; luego se coloca el ordeñador, sentado en cuclillas, debajo del animal aguantando entre las rodillas el ordeñador. Como la vaca no quiere dejarse ordeñar si no ve á su lado á su becerro, cuando el negro se dispone á la operación, el pastor saca del kral de los becerros el correspondiente á la vaca que mama un poco en los pechos llenos: después de esto se le aparta á un lado y el ordeñador comienza á ordeñar, viéndose siempre obligado á defenderse del becerro. Cuando se ha ordeñado cierta cantidad, puede éste volver á mamar otro poco, siendo de nuevo apartado y volviendo á reanudarse la tarea de ordeñar hasta que se considera que sacar más leche podría redundar en perjuicio del becerro, pues uno de los puntos principales en que están conformes todos los pastores es la precaución de que el becerro no encuentre el materno pecho demasiado exprimido; antes que esto, preferirán los hombres alimentarse con escasez. Creen los ovahereros que algunas vacas tienen fuerza suficiente para retener á su voluntad la leche haciendo imposible al ordeñador sacar ni una gota del líquido contenido en aquellas ubres repletas: en este caso se practican toda clase de ceremonias ya para conseguir de la vaca el favor de que dé leche, ya para evitar que el becerro se la beba toda.

Otra fuente de alimentación no insignificante es también para los pueblos pastores la sangre de los bueyes, que puede servir asimismo de condimento de los manjares dada la escasez de sal que algunas veces se siente en aquel país. Al decir de algunos, la sangre tiene propiedades embriagadoras y es extraordinariamente nutritiva. Esta sangre se extrae de las grandes venas superficiales del cuello, cuya circulación se interrumpe comprimiéndolo fuertemente por medio de un collar de cuero. Los wakambas clavan en la vena, por medio de un pequeño arco, una flecha pequeña, de punta redonda, como la de un cuchillo de mesa y cubierta en parte por una espesa capa de hilos para que no ahonde demasiado. De un buey robusto puede sacarse impunemente un litro de sangre. Un mes después, puede volvérselo á sangrar por el mismo sitio. Esos pueblos beben la sangre cruda sola ó mezclada y batida con leche.

Los machos, así los bueyes como los carneros, son cas-

trados desde muy jóvenes y sólo se dejan enteros para la cría los mejores ejemplares: no hay personas que se dediquen especialmente á ello, sino que se apela á cualquier mano afortunada: aquellos á quienes se les ha muerto un animal por ellos operado no tienen muchas ganas de seguir operando. Para las grandes operaciones, como la de matar una res, se emplean las puntas de lanza ó las lanzas mismas.

Pocas son las noticias que tenemos de las tradiciones ó leyendas que señalan á las columnas fundamentales de la ganadería de los negros, los bueyes y las ovejas, un origen determinado, una gran cohesión con su historia, etc. Los demás animales domésticos desempeñan un papel pequeño en el tesoro de leyendas y cuentos de los negros. En las descripciones que de cada pueblo haremos más adelante, sólo encontraremos huellas de tales tradiciones. En cuanto al tercer elemento de los rebaños de los negros, las cabras — que son, como entre nosotros, las menos cuidadas — parece como que fuese introducido algo más tarde que los demás. Así, por ejemplo, los hereros creen que las cabras que se crían perfectamente en su país montañoso, no fueron, en un principio, criadas por su pueblo, sino que sus antepasados las arrebataron á los bergdamaras; en contra de esta hipótesis hay el indicio de que la palabra con que aquéllos designan la cabra (*ongombo*) es evidentemente la misma que en otros muchos pueblos bantús. Mas por otro lado, parece venir en apoyo de aquella creencia el hecho de que en todas las ceremonias tradicionales religiosas sólo se sacrifican ovejas y bueyes, nunca cabras. El cerdo, procedente de las colonias europeas, ha penetrado en muchos y diversos puntos del interior. Camerón vió, al Oeste de Nyangwe en el país de Kífuma, un cerdo atado á cada una de las cabañas: los pueblos del Este abominan este animal, á causa del islamismo que profesan, pero en los del Oeste se encuentran hacia el Sud hasta en los owambos.

Es innegable que los negros no conocieron antiguamente el caballo, pues no hay, al parecer, ningún idioma bantú que tenga palabra para designar á este cuadrúpedo. Este hecho es de gran importancia histórica y á menudo se ha preguntado con razón ¿cómo puede ser que los indígenas que — á juzgar por varios indicios — llegaron á esos países procedentes del Norte, no trajeran consigo ese animal doméstico que de tantos siglos había sido domesticado en el Norte de Africa? O bien, ¿por qué el comercio no lo trajo de Arabia á las costas orientales y de éstas á los territorios del Sud? Estas preguntas son tanto más interesantes cuanto que en muchos países del Sud de Africa la configuración del suelo se presta perfectamente al uso del caballo, y cuanto que indudablemente aquí, como en el Norte y en el Sud de América, la posesión de este animal doméstico, mejor dotado que ningún otro para los movimientos rápidos, hubiera cambiado por completo el sistema de vida y de difusión de los indígenas. Puede también afirmarse como probable que su posesión hubiera dado mucha mayor fuerza á éstos para resistir las acometidas de los blancos, como de ello nos ofrecen buen ejemplo los habitantes de las estepas de la América del Norte y los de las pampas de la América del Sud. Algunos exploradores han dicho que la causa de que el caballo no se haya extendido por el Sud de Africa se debe á la mosca *zezé* (*glossina morsitans*), de que ya hemos hablado, que puebla inmensas regiones á lo largo de los ríos del Africa subtropical y especialmente aquellas comarcas del bajo y del medio Zambezé y del Limpopo que han de atravesar las hordas de emigrantes (véase página 67). La presencia de la mosca *zezé* podría ser realmente una causa de la falta de caballos en el Sud de Afri-